para construir, ya para vender y comprar con el producto objetos indispensables. Se le encarcela. Ha violado el derecho del terrateniente en grande escala. Los sabios juristas lo juzgan, lo aprisionan, privando así de su último sostén á la familia hambrienta. Lo mismo sucede por doquiera y cientos y miles de casos análogos se realizan en las fábricas y talleres.

Me parece que no puede existir moral sin la justicia, la bondad, la piedad, el perdón de las ofensas. Pero aquí todo esto se halla desterrado en nombre del «Derecho». Tales actos, cometidos por miles diariamente, por doquiera, según el «Derecho», son los que educan moralmente á los hombres! ¡La influencia moral y educativa del «Derecho»! No hay nada, pero ni la teología, que deprave de un modo tan inevitable y necesario á los hombres. Y es para sorprenderse de que á pesar de esta depravación incesante, el pueblo conserve aún la verdadera comprensión de la justicia, que han perdido ya en absoluto las clases ociosas.

Si los «sabios» que conocen todas las leyes divinas y humanas, y, que además, no necesitan de nada porque son ricos, si ellos consideran que debe encarcelarse á un campesino y reducir á su familia á la muerte por hambre, porque por miseria, estupidez, borrachera, ignorancia, volteó un árbol ó se llevó de la fábrica mercaderías por valor de ₡ 2-00, qué debo hacer yo, desnudo, hambriento, iletrado, cuando me roban mi caballo? Enjuiciar, matar al ladrón? Así deberían razonar las gentes del pueblo. Pero no, á pesar de toda la depravación que sufren del Derecho y de la Teología, del Derecho principalmente, ellos guardan, sin embargo, los verdaderos sentimientos morales, humanos, que no son los establecidos por los derechos ni los en conformidad con estos últimos.

Decía Kant que la charlatanería que se realiza en las escuelas superiores, en la mayoría de los casos no es más que el deseo de abstenerse de resolver las cuestiones difíciles, atribuyendo á las palabras un sentido variable. Pero esto es poco: esta charlatanería, como sucede al tratarse del «Derecho», tiene á menudo un propósito inmoral muy preciso: la justificación del mal existente.

Esto por el lado moral; pero desde el punto de vista de la razón, la fe en cualquier imagen milagrosa de la madre de Dios ó de Juana de Arco, beatificada hace poco, es en absoluto menos estúpida que la fe en las «supervivencias atributivas, imperativas, etc.»

Conocidas la inexactitud, el artificio de las ideas falsas y de las palabras inventadas para expresarlas, es de suponer que en nuestros días debieran mantenerse alejados del estudio de semejantes ciencias los espíritus frescos y jóvenes. Pues bien, según vuestra carta, veo que las cosas siguen hoy como hace sesenta años. He sido estudiante de derecho y recuerdo cuán interesado estuve, en el segundo curso, por la teoría del derecho, aun cuando me puse á estudiarla, no solo en vista del examen, sino pensando hallar en ella la explicación de lo que me parecía extraño y vago en la organización de la vida humana. Pero entonces, cuanto más penetraba en el sentido de esta teoría, más me convencía de que algo había en esta ciencia que cojeaba ó que yo era incapaz de comprender.

En otros términos, adquiría poco á poco la convicción de que el tonto era uno de los dos, ó Névotine, autor de la *Enciclopedia de Derecho*, que yo estudiaba, ó yo que no podía comprender toda la profundidad de esta ciencia. Tenía 18 años: me era difícil admitir que el tonto fuese yo. Resolví entonces abandonar los estudios de jurisprudencia, porque sobrepujaban á mis capacidades intelectuales. Entregado desde hace muchísimos años á otras ocupaciones, he olvidado por completo la ciencia del derecho. Hasta tenía una vaga idea de que la mayoría de los hombres actuales se hubiera ya emancipado de este fraude. Por desgracia, veo que según vuestra carta esta «ciencia» existe y continúa su obra nefasta. Por lo mismo me siento dichoso de haber tenido la oportunidad de mani-